
América en el bolero “Amar en bahía”: Confesiones de un novelista

FERNANDO AYALA POVEDA*

El Bolero ha cumplido el tiempo de su primer apogeo, y en este momento se convierte en protagonista de reflexión: qué es el bolero, cuál ha sido su historia, de donde emerge su trascendencia, quiénes han sido sus intérpretes, de qué manera se relaciona con los amantes que le han sido fieles durante tantas décadas, cuál es la visión espiritual y social que construye el bolero?

Fernando Ayala Poveda, escritor y ensayista, profesor de la Universidad Central, nos entrega de manera exclusiva, “Amar en Bahía”: Confesiones de un novelista, con el propósito de responder a todos estos interrogantes.

En las últimas décadas, múltiples autores se convocaron alrededor del bolero, llegando a constituir una antología sobre el tema, una antología que hoy en día sigue inédita. Igualmente, en oportunidades distintas, se realizaron encuentros sobre el bolero que por su carácter privado no tuvieron repercusión en el continente. El honor de generar un vasto movimiento tanto por la prensa como por la radio y la televisión, y a la vez de promover un gran balance por la música romántica, lo desencadenó la novela “Amar en Bahía”,

* Novelista, crítico literario, profesor de la Universidad Central, autor del nuevo libro sobre Historia de la Literatura Colombiana.

novela que hace realidad su propia temática y que como obra de arte y como bolero, crea una nueva visión sobre América Latina.

C. de R.

Infancia y Boleros

Yo no podría recordarme totalmente sin los boleros porque ellos son un buen símbolo de identidad en mis sueños y en mi vida. El bolero me vió nacer en Tunja en 1951. América era entonces un mundo recién fundado por el esfuerzo de trescientos millones de almas. En aquella época los poetas, compositores y hombres de acción social se preguntaban: "Existe América Latina?" "Existe una cultura latinoamericana?", "El mestizo revela el rostro de nuestra historia?", y bajo estos interrogantes, nuestras comunidades iban descubriéndose con asombro en una tierra continental, unida por el mito del Dorado y por los sueños órficos de Núñez de Vaca y de Pigaffeta, fundida por las guerras civiles, por las muertes y resurrecciones de tantos hombres que sabían cantar sus romances al trabajo. Todos provenían del mestizaje y hablaban en el español de su soledad y de su belleza. En ese tiempo nací y el bolero me vió escribir mis primeras palabras, y con él mi infancia conoció la alegría y la nostalgia, me acompañó en la aventura del descubrimiento de la naturaleza, los hombres y los libros que eran tan sabios como el río de mi tierra que no cesa de soñar a Boyacá.

Cómo olvidar la vida que aún no ha terminado de vivirse?

Mi padre tenía una casa de boleros y bajo esa música recibí mi educación afectiva y social. En esa casa de boleros descubrí que todos los hombres, sin distinción de clase, credo o raza, llegaban al bolero para sobrevivir a la soledad, a la pena de amor inconfesada, a la noche de algún hotel donde la muerte como la esperanza cambiaban sus rostros para sorprender a los viajeros, a los hijos de la violencia.

El bolero estaba en mi vida sin saberlo y yo vivía al lado de las canciones de Rafael Hernández, María Greever, Pedro Flórez y Agustín Lara como se vive una relación natural con los primeros amores, los caminos y las veladas familiares. Las noches podían ser interminables, pero bastaba escuchar un bolero para hacer las breves en la serenata, en los esponsales, en las tertulias del café y en las ceremonias cotidianas.

Yo lo declaro en estas memorias escritas al azar de una tarde: por el bolero entendí que la luna no era un motivo de tarjeta postal para soñar con un mundo ilusorio, sino que la luna era un espejo donde el hombre y la mujer reflejaban sus conflictos éticos, afectivos y morales. La historia política y económica de América Latina no puede entenderse sin la música del bolero, porque el bolero le dio a muchas generaciones una voz para defender su dignidad, su derecho a batallar por la felicidad que es destino y especie.

América y sus versiones

Durante cuatro años escribí "*Amar en Bahía*", la novela de mis boleros. La escribí desde la felicidad y desde la biografía del niño que se hizo mayor amando la voz de tantos boleristas del alma. La tarea no fue fácil. Escribí la novela una y otra vez, con versiones distintas, hasta que entendí que el bolero era el verdadero personaje y que sobre su espíritu debía nombrar la historia íntima de nuestra América, la crónica del desamor y el amor, el relato de las parejas frente al trabajo, los azares de múltiples existencias que recorrieron y siguen recorriendo los caminos del Caribe, el Valle del Cauca, los Andes, las Pampas y los reinos del asfalto. Entonces volví a vivir el bolero de otro modo: lo viví en Cartagena y en Puerto Rico, lo descubrí en la historia de Cali, lo pulsé en los hospitales y en los cabarets. Por entonces comprendí que el rostro de América Latina no es tan sólo la faz cenicienta del hombre victimado, contrahecho, destruido, mutilado, objeto de denuncia política, fósil de museo, sino que el hombre de América Latina vivía y vive en una historia desconocida, misteriosa y fascinante, la cual no es otra que la de su música, su arquitectura, su culinaria, su universo donde la tribuna y el discurso tienen un puesto y no la totalidad de la existencia. De ahí surgió "*Amar en Bahía*" con una versión sobre América.

Bolero y novela: dos modos de hablar de la condición humana.

"*Amar en Bahía*" es una novela inspirada en sucesos de la vida real que naturalmente se transforman en el mundo propio de la novela.

Estos sucesos son entre otros: el homenaje inolvidable que se le rinde a Agustín Lara el 13 de octubre de 1953 en México, y en el cual los artistas más renombrados de América interpretan sus canciones; la visita de Agustín Lara a Cartagena en el momento en que

Esperanza Gallón Domínguez era coronada señorita Colombia; la biografía íntima y legendaria de Toña, La negra; la muerte misteriosa de Felipe Pirela; el recibimiento apoteósico que Colombia le dio a los Panchos; las memorias de Daniel Santos y la Sonora Matancera, el relato personal de Alfredo Sadel y Rita Montaner; las noches difíciles en que Rafael Hernández, Noel Estrada y Gonzalo Curiel escriben con el amor de su música, los más espléndidos cantos de América. Estos sucesos reales, al lado de sesenta boleros, son la fuente de inspiración de *"Amar en Bahía"*.

Del neoromanticismo a la deshumanización

Escribir una novela es escribir de todos los modos sobre una época, una actitud de vivir y morir, y una manera de pensar al hombre en su condición esencial. *"Amar en Bahía"* me llevó al encuentro de las más variadas reflexiones. Por ejemplo, el bolero fue testigo del tránsito de las democracias a las dictaduras (1950), del paso de la hélice a la turbina, del salto del cine en blanco y negro al cine-máscope.

El rostro de María Félix hace historia en nuestro corazón como inmediatamente lo hará el rostro de Marilyn Monroe, un rostro ya más lejano de nuestra identidad.

El bolero también es testigo de los lenguajes románticos que son desplazados por los idiomas del consumo. El pañuelo de seda, el sombrero galante, la rosa natural, son reemplazados por el Kleenex, el blue jeans, la rosa sintética. El bolero jamás le tuvo miedo a la felicidad como trabajo esencial y básico del hombre. Más tarde la felicidad apareció como una palabra prohibida, como una mentira de cinematógrafo. Y por supuesto el llanto, la risa y el abrazo como la felicidad se fueron olvidando entre las vitrinas donde el maniquí brilla en medio del maquillaje grave e inexpresivo.

Por otro lado, en el bolero la mujer se emancipa y se hace dueña de sus afectos y de su destino. Si el bambuco había idealizado a la mujer y el tango la había arrojado a un lado, el bolero la renueva y la abraza en el baile íntimo.

Los valores del bolero se afianzan en la fatalidad, en el amor predestinado, en la trascendencia del sentimiento más allá de la muerte, y también en el diálogo de un hombre y una mujer. Nunca antes un género musical había contado con tantas voces femeninas

y masculinas para ser interpretado. El bolero es de aquí y es de allá. A diferencia del corrido que es mexicano, o del tango que es argentino, el bolero es de América, y por eso hoy sigue vivo, renovándose en nuevas voces y símbolos de alta dignidad.

El bolero y la poesía latinoamericana

La historia personal de una novela es la historia de una vida. Hoy puedo decir que estoy preparado para todo, excepto para vivir sin el bolero. La música latinoamericana, hermosa y floreciente, encuentra en el bolero un modo de ser, una generación impercedera e intérpretes que constituyen un capítulo de la cultura de nuestras naciones. Agustín Lara, Gonzalo Curiel, Alvaro Carrillo, Alfonso Esparza Oteo, y tantos otros compositores del alma, son poetas y sus composiciones son poemas del amor y del asombro. Sin lugar a dudas, el bolero ocupa un lugar eminente en la poesía latinoamericana. Pablo Neruda, Martín del Cabral, Rubén Darío, José Asunción Silva cantan a su manera el bolero como la tragedia griega expresa al bolero. Los temas y motivos del bolero obedecen a una necesidad de revelar a nuestra América, de expresar el duelo por Puerto Rico del alma, la confesión de los afectos, el sentido de la vida, la reflexión ante el mundo, la muerte y la felicidad. Todo lo contiene el bolero y su grandeza alumbra con la misma fuerza del Vallenato, el hayno, el pasillo, y las innumerables expresiones musicales del sentir y del ser de esta América aún desconocida.

El bolero ha hecho hombres más honestos que las leyes

Colombia, México, Cuba, Puerto Rico y nuestras naciones hermanas son un vasto país de boleristas. No tan sólo es bolerista el que compone e interpreta, sino también el que escucha. Y bajo su majestad el bolero, América sigue recordando el pasado para no perder el futuro. En efecto, el bolero ha hecho hombres más honestos que las leyes. Hay una mujer siempre emancipada en el bolero, el bolero no traiciona la vida ni con el discurso ni con la institucionalización del suicidio y el autodesprecio nacional, más bien el bolero redescubre la vida y la ternura sin traicionar la realidad como en la novela rosa. Sobre el bolero perviven las caricias que dimos, el rencor que callamos entre las guerras de las tinieblas, allí surge la historia del amor que nos llegó a tiempo, o que nos llegó tarde, o que no nos llegó nunca y que puedo ser un sueño, una casa de grandeza, una América por forjar hacia la solidaridad. Después de muchos años de su fundación, el bolero empieza a vivir en

la literatura. Escribí "*Amar en Bahía*" para cantar y contar de algún modo mi sentir de las gentes que asumen el amor y el destino de la especie humana como un sueño no perdido del todo.

Música de la novela y novela de la música

Uno de los retos fundamentales que sostuve para escribir "*Amar en Bahía*" fue el de enfrentarme a la música a través de la palabra. La tarea no resultó fácil al principio. La primera versión de "*Amar en Bahía*" se construyó sobre una crónica del bolero, que no contenía un ritmo musical. Por eso, entre una y otra versión, reuní todas las obras literarias que contienen referencias musicales. De este modo, configuré una antología y sobre estas experiencias diversas, precisé la clave y comencé a trabajar la intertextualidad, técnica que hace un contrapunto entre la historia que se cuenta, la música que se canta y la palabra que se narra. Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante, Carlos Monsiváis, Manuel Puig, Severo Sarduy, Pablo Neruda, me pusieron en el camino de la intertextualidad, y entonces "*Amar en Bahía*" se descubrió en su danza, en su gesta y en sus motivos intimistas. Tres elementos sustanciales me permitieron forjar la novela imposible, la novela que siempre me resultó evasiva. El primero de ellos se refiere a la música como personajes, sino como melodía de fondo, como biografía de un cantante, como ensayo sobre la música y como estructura musical. "Tres Tristes Tigres" de Cabrera Infante, "Los Elegidos" de Alfonso López, "De dónde son los cantantes" de Sarduy, "La Guaracha del macho Camacho" de Monsiváis, "Boquitas Pintadas" de Puig, "Aire de Tango" de Manuel Mejía Vallejo, expresan una visión de la música, sin bailarla ni cantarla, personificándola. Creo que "*Amar en Bahía*" añade a la saga de la novela musical en América, la voz de la música como personaje, viviéndose como historia, siendo ella misma, hablándose, traduciendo los problemas del hombre. En segunda instancia, el otro elemento se refiere al papel social de la música. Cada novelista de América Latina recurrió al tema de la música porque hasta entonces, la literatura estaba cercada por la denuncia social. Así pues, la sinfonía, la partitura, las variaciones, le sirvieron a estos novelistas para reflejar la visión cíclica del tiempo y la historia. Siguiendo sus conquistas, precisé que el corrido y la revolución mexicana tenían no un parentesco sino una mutua manera de existir. El corrido y la revolución Mexicana se crearon en el espacio de Pancho Villa, Emiliano Zapata y Madero. El ritmo y las crónicas del corrido fueron forjadas porque la Revolución Mexicana necesitaba exaltar a sus héroes, a esos

héroes que están atados a una circunstancia. El mismo fenómeno puede aplicarse al tango, el bambuco, el son cubano, el huayno, las vidalitas, la samba, y las otras expresiones musicales. Durante innumerables años, la música latinoamericana sufrió un asedio del adoctrinamiento colonial, la censura, la demolición y la gran prueba de la resurrección cotidiana. Los cantores que la soñaron y le dieron sus sangres, son los libertadores de la cultura de América Latina. La serenata como las distintas maneras de bailar tienen explicación en el ritual de purificación. La sociedad aborígen hizo de la música un canto al trabajo, a la solidaridad, al misterio de la muerte. Bolívar tuvo detrás de sí una música, unos cantores, del mismo modo como años después, Cuba creó a sus intérpretes de la revolución. Bajo esta iluminación, "Amar en Bahía" quiere ser una traducción espiritual de ese ritual, de esa identidad americana. En tercera instancia, para enriquecer la visión de la música latinoamericana y del bolero que es uno de sus ejes, configuré una relación entre poesía y música, entre geografía tropical y caribe y tambor y guitarra, entre Macedonio Fernández, Borges y Guillén, y los compositores poetas como Rafael Hernández, Noel Estrada y Agustín Lara. Algunos boleros no son en "Amar en Bahía" sino el otro lado de lo cotidiano, es decir, un verso de Pales Matos, una relelación de Aurelio Arturo. En este sentido, "Amar en Bahía" se edifica sobre la gran síntesis de nuestro devenir social, político y cultural de América. El protagonismo de la mujer insurrecta en la novela como una respuesta y legítima a los seres que también han sido libertadores de un continente. Sobre estos elementos, "Amar en Bahía" tiene un velo intimista, sin pretensión de denuncia política, donde las parejas buscan la felicidad y el trabajo, no como una mentira, sino como el resultado de la voluntad de sobrevivir y de fundar una sociedad justa, en la cual, las tinieblas no sean el pan diario de la muerte. Creo, sin ambages, que el bolero como la música latinoamericana representan una épica, la gesta de trescientos millones de almas que tienen que cantar para fertilizar la tierra y para conjurar la dictadura, para comunicarse y para labrar la historia espiritual de su tránsito por el mundo.